



TENEMOS CORAZÓN.....

A María Rovalo.

A las cuatro era la clase. Minutos antes apiñábanse los estudiantes en una angosta escalerilla, sobre la cual se abría la puerta de la cátedra. Unos, apoyados en la barandilla, con el sombrero echado atrás; otros, en el pretil de la azotea escupiendo para el patio; más allá, un estudioso con el libro abierto, pero todos armando insoportable bullicio, esperaban el momento en que el *pelón* abriese.

Entre tanto, el desorden era indescriptible. Aullidos, patadas, bastonazos, un coro de escandalosos ruidos estremecía la escalera de palo, en la que se magullaban los impacientes, que para distraer el tiempo añadían una línea más, que grabada en hueco o trazada en lápiz, aumentaba la serie de inscripciones satíricas, perfiles grotescos y palabras obscenas que

tapizaban literalmente la madera de la puerta y el caliche de la pared. Los tímidos la pagaban. Oíase de pronto el sonoro golpe de una *villa* en un sombrero, seguido de carcajadas ruidosas.

—¡Favor de no encantar!

Quién volteaba sonriendo como si le diera un comino el chiste, pero con los labios pálidos de ira, quién se la echaba de muy hombre y dirigía miradas feroces para encontrarse con rostros impasibles o dueñistas, que se hacían disimulados atuzándose el bigote, viendo al cielo y moviendo el pie con aire impertinente. La víctima tornaba a voltear, y entonces la punta de un lejano bastón le cosquilleaba la nuca, un garnudo le congestionaba las orejas o un tirón de la manga le hacía caer el libro y no había más remedio que resignarse, resignarse en medio de la guasa general, que era para acabar con la paciencia de un santo.

Nueva tempestad de golpes se descargaba sobre la puerta, hasta que a la carrera llegaban los dispersos, era la señal de que el doctor subía las escaleras, y aparecía el doctor quitándose el sombrero y tirando de prisa la punta de un cigarro.

¡Ay de aquel que no estaba firme cuando la puerta se abría! La opresión era sofocante. Allí un brazo salvando en lo alto un libro del desorden, más lejos, un sombrero condenado a muerte, y más lejos aún, un bastón enarbolado.

—¡No empujen!

—¡No encanten!

—¡Me ahogan!

Y los ¡uf! se escapaban del festivo grupo, servían los codos de cuñas y de defensas, y al dar media vuelta la llave, ¡vámonos, señor! Uua compuerta que se abre, un rebaño que se precipita, un alud ferocemente impelido parecía aquella multitud, que sin quitarse el sombrero, atropellándose, saltaba a la gris

gradería haciendo retemblar los peldaños en medio de gritos y patadas.

Sudando, rojos de fatiga, componiéndonos la corbata deshecha, el sombrero abollado, tomábamos lugar y entonces comenzaba la *raspa*. La provocaba un infeliz que llegaba jadeante cuando todos tenían asiento. Desde que aparecía en la puerta cruzaba los aires un ceceo, seguíanlo otros y otros más se agregaban a un grito, y terminaba por una tormenta de burlas, dominada por una voz chillona que gritaba un mote insultante; el blanco de la estudiantil hilaridad, mohino y confuso se sentaba donde podía. ¡Guay de él si la primera fila estaba llena! Tenía que subir los escalones, ¡pero cómo! teniendo que pedir permiso, causando el desorden y repartiendo coces. No había uno que no atrapara en el aire uno de sus pies o los pantalones cuando menos.

—¡Caifás!—gritaba una voz.

El así llamado por mal nombre, parecía embebecido en la lectura de un texto.

—¡Caifás!—tornaba a gritar otra voz.

El aludido no hacía caso.

—¡Caifasito!—decía con indescriptibles modulaciones un gracioso—¡Caifaseto!

—Todos ustedes. . .

No proseguía el airado mozo porque le interumpían aullidos, ceceos, silbidos o la exclamación, con voz de falsete, de un atrevido:

—No me mates. . .

—Hombre, Pereda, estate quieto, no le grites al señor. . .

—¡Caifaseto!

—Se enoja (amenazante) y te pega. . .

—¡Malote!

—¡Ese del sombrero puesto que se lo quite!

—¡Cállate, mono sabio!

A tales diálogos en voz alta de un extremo al otro

extremo de la clase, sucedía un redoble de golpes en las tarimas, ese redoble de las galerías impacientes en los teatros, acompañamientos de los compases de paso doble en una plaza de toros, bullicio tal, que se estremecían los huesos de los esqueletos que en dos nichos de cristal había a los lados de la plancha, esqueletos articulados que tenían movimientos oscilatorios de fantoche.

Cesaba como por encanto el desorden cuando el profesor, sombrero en mano y bosquejando una caravana, se dirigía a su asiento, ponía el sorbete en el zinc de las mesillas, exhumaba con mano temblorosa la ajada lista y recibía el lápiz que un comedido le alargaba, no sin oír a sus espaldas algunos ceceos y una vocesilla que le decía:

—¡Barbero!

El calor de la siesta congestionaba los rostros, un sol próximo al poniente se filtraba por las rejillas de la persiana y por las desgarraduras de los harapos que hacían las veces de cortinas. Apenas si una ráfaga de aire fresco penetraba por los vidrios rotos de unas ventanas, cuyos marcos se caían a pedazos y tras los cuales se veía la azul tranquilidad de la tarde, suave ráfaga que movía apenas los mapas cromolitográficos que representaban a un hombre abierto en canal, los órganos de los sentidos, una monstruosa laringe o la anatomía de la región dorsal.

Concluida la lista, el pelón, mozo de anfiteatro, aparecía en escena con un sombrero de petate, una mula de cargador en la espalda, y sobre ella, en angosta tablilla, el cadáver, cubierto en parte por trapos mojados, colocábalo en la plancha pintada de verde, volvía el profesor el lápiz a su dueño, con serio ademán de dar las gracias, empuñaba por el asa grueso vaso lleno de agua, daba algunos tragos, secábase los labios discretamente con el pañuelo, y ob-

servando de cerca la *preparación*, que era un músculo, decía:

—El diafragma, señores, es un músculo. . . .

Algunos atendían, otros abrían una novela escondida en la gruesa Anatomía de Beunis, y no pocos, con la vista fija en el espacio, se entregaban a reflexiones que no constaban en el texto, arrullados por la lenta voz del doctor, que explicaba las inserciones del músculo en cuestión. . . .

Contrastaba aquel personaje vestido de negro con el pálido cadáver: la rapada cabeza caída hacia atrás, las narices afiladas, la boca abierta, el cuello distendido, salientes las costillas, hundido el abdomen y rígidas las piernas entreabiertas, colgante el brazo y semidoblados los dedos ampulosos y descoloridos, dedos de color indeciso con uñas amoratadas.

¡Cuántas muecas extravagantes en aquellas máscaras de carne! ¡Qué macabras contracciones en aquellas bocas desdentadas y sangrientas! ¡Qué extrañas miradas en aquellos ojos desencajados, opacos, que al vaciarse parecían uvas pasadas!

Ahí estaba la muerte, ahí el cadáver, ese cadáver que con tan punzante curiosidad, a la vez que con indefinible temor, se quiere contemplar de cerca cuando no se es aún estudiante de medicina, que se atizaba primero de lejos, tras los vidrios del anfiteatro, yaciendo en el frío zinc de las planchas y purpurado por la sangre que cae gota a gota de una herida profunda y se coagula en una ancha silueta en las tarimas, ahí estaba el muerto, el muerto de violáceas carnes, cuyos pies sucios han corroído las ratas, en cuyos miembros han dejado los cáusticos y las quemaduras sus indelebles rastros. . . .

Ese muerto, al que nos acercamos con respeto y nos causa malestar el olor que despide, no nos atrevemos a tocarlo porque las moscas se posan en sus narices y en sus encías, y el día que llegamos a ha-

cerlo nos estremecemos con la frialdad de reptil de esa carne que no entibia el calor de la vida. . . Nos persigue aquella mirada que parecen dirigir los ojos mates por entre dos párpados violáceos sin pestañas, nos persigue esa boca abierta que parece gritar y no olvidamos esa actitud de abandono de los miembros inertes, caídos al azar: una pierna doblada, un brazo colgante, una mano sobre el abdomen. . . ¡Todo es costumbre! Después de abrumadoras repugnancias hundiremos el bisturí en una aponeurosis, removemos el intestino delgado, acariciaremos el hígado y disecaremos como si tal cosa las fibras de un corazón que no es en ese momento sino un músculo que se pone a cocer para estudiarlo mejor, como el cerebro se endurece en agua acidulada y las arterias se inyectan con yeso para seguir mejor su tortuoso camino a través de los órganos. . . Y sin embargo, se siente. Suele a veces una cara demacrada hablarnos de no sé qué tristezas desconocidas, y no es raro que la melancolía equivalga a una oración frente a esas víctimas ignoradas que llegan a la plancha llevando un sucio escapulario, grasoso rosario, síntomas de fe, u oxidado anillo, síntoma de algún amor!

Concluida la clase vuelve el silencio de los lugares solos: aullan a lo lejos los perros de fisiología, remueve el viento las viejas de cigarro dispersas en la azotea, llora el Ángelus en las torres. . . Y los pájaros, los pájaros que piaban en las ventanas y habían huido durante la clase, penetran a la pieza, saltan sin temores sobre los bancos, no le tienen miedo al cadáver y suelen posarse en la frialdad de sus miembros inertes, cantando quizá un epitalamio sobre un pecho que ya no estremecen los latidos. ¡Esas alas que tiemblan, esas cabecitas inquietas, esos gorros festivos, ahí donde la crueldad de la existencia se encarna en un cadáver, arranca al poeta algo más que la impresión de un contraste!

El crepúsculo flamea a lo lejos, las nubes se encienden purpuradas, fuegos de colores, incandescentes ráfagas, todas las pompas de la luz que muere con brillazones de ópalo en el tono indefinible de la tarde que languidece, lanzan su lampo a la arboleda lejana, al macetón de la azotea, barren el suelo y son espléndido sudario que colora las desnudeces del cadáver, quizá la única caricia de esas existencias obscuras y desconocidas, de esos seres sin familia y sin tumba. . .

Entonces quisiera uno acompañar a ese muerto que se queda solo, pero. . . se cuelga melancólicamente la ensangrentada blusa, se desinfecta uno los dedos en el dorro de un botiquín, se lavan los utensilios y se sale uno silbando, porque ¡el corazón se estremece! Y es la hora en que se descansa de las estudiantiles faenas, y aunque el triste cuadro hunde al espíritu en sombras, a un paso quizá, en un balcón no distante, asoma la hermosa cabeza de la novia. . . Se ansía verla, se tiene sed de una sonrisa, se anhela algo que destierre la tristeza. ¡Qué alba poblada de azules mariposas, de festivos ensueños, de entreabiertas flores, estalla en el alma cuando unos ojos negros responden con larga mirada a una mano que saluda!

La muerte, pues, no torna, al que la ve de cerca, indiferente; la muerte, pues (ya se me está acabando el hilo). . . la muerte. . . es. . . ¡el aperitivo de la vida!

¡Conste que los estudiantes de Medicina tenemos corazón!



LOS QUINCE ABRILES

—¡Mira como estás, Luz, por Dios! Componte esa *manera*, se te ven las enaguas, amárrate esa media, que la traes arrugada, álzate el pelo. Pero ¿dónde te has metido? Es la vida cansada, terminaba la señora volviéndose hacia una visita. . . . ¡Estos muchachos! . . . ¡si le digo a usted! Las últimas palabras no las había oído la niña, porque pegó la estampida y no paró hasta el patio, donde dos muchachos pelones, sus primos, y una amiguita de colegio, metían el desorden en el gallinero.

Luz era la alegría de la casa, la niña consentida, que a pesar de sus diez años, conservaba por no sé qué raro fenómeno en nuestros tiempos, todo el candor infantil de los cinco años.

Paréceme verla a las cinco de la tarde, llegar con un sombrerillo de paja de anchas alas, subido hasta las narices el resorte, muy colorada, en desorden las

greñas, entrar como un remolino a la pieza, arrojar sobre cualquier mueble la gramática de Quiroz, sin pasta ya, la aritmética deshojada, el bordado no concluido y la almohadilla de cojines verdes, tumba de mil ducherías, querido mueble que era su tesoro. . . Traía los ojos llorosos, y perdónese la frase, sucio el rostro de las lágrimas enjugadas con puños no muy limpios.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué vienes tan colorada? ¿Te castigaron?

—No. . . sino que Filemón me pegó y me dijo muchas groserías. . . (sollozando).

—No es cierto. . . mamá, no es cierto, ella fué la que me dió un pellizco. . . vociferaba el hermano menor, haciendo calurosos ademanes. . .

—El me pegó. . . porque se metió a la tienda a pedir panocha, y tú le has dicho que no entre. . .

—Mentira, mamá, sino que está enojada porque no la dejé venir con Josefina Vargas, que tú le has dicho que no se junte. . .

—Mira, Filemón, ¡cómo eres! No es cierto, mamá, no lo creas, te viene a contar mentiras, él fué el que fumó.

—¿Tú, fumar? ¿Tú. . .? Que yo te vea y te que-
mo la boca. . .

—Mira, mamá, te voy a soplar. . . huele. . . a ver si yo. . .

—No huele porque se comió un pedazo de chara-
musca. . . pero sí. . .

A estas alturas, la voz de ambos chicos era tonante y barajábanse las inculpaciones, perdiéndose en la disputa el acento severo de la señora que los llamaba al orden. . . Terminaban por sollozar los dos. . . y

—Vállase usted a lavar esas manos con zacate y jabón. . . ¡Llenas de tinta! ¡Qué feo es eso en una niña! Y tú, Filemón, ¿qué escribes con los codos?

¡Mira cómo los traes también! . . . Vete a limpiar esa boca, que te cosan ese saco. . . ¡Me queman la sangre!

Salíense los hermanos mohinos y avergonzados.

—Mira, mamá, a Luz, me está sacando la lengua. . .

—¡Mira, mamá! (imitaba con la voz al chico.) ¡Chismosote! ¡Amujerado! . . .

—Luz. . . no me piques.

—¡Anda. . . anda, pégame y verás qué susto llevas!

—Allá voy, niños. . . allá voy.

Y la señora iba en efecto, porque se oía un verdadero alarido. . . Lucesita le había encajado el más doloroso pellizco al *fratello*. . .

Terminaba aquello o por una amonestación materna de hacer temblar, o por la eficaz amenaza:

—Se quedan encerrados el domingo. . .

Momentos después, ambos jugaban como si tal cosa en el corral. Ya era el eterno arreglo de una casa de muñecas, improvisada en un buró sin puerta, ya la tarea concienzuda de vestir a una muñeca, en cuyo rostro, como huellas de la viruela maligna, se ahondaban en la cera rasguños y agujeros. ¡Pobre muñeca maltratada, cuyos párpados no se cerraban, que no respondía papá cuando le apretaban el estómago. . . y a la que le faltaban las puntas de los pies y una mano de *papier maché*! Cada época de la infancia está representada por un juguete, y allá en un cajón de no sé qué ropero, yacían todavía restos de un ferrocarril de cuerda, degollados títeres, canicas y otras menudencias.

—Sabe usted, me decía la señora, están sanos mis hijos porque ya usted los ve. . . corren de la noche a la mañana, no paran, así es que caen en la noche como plomo, y comen por cuatro. . . Aire es lo que necesitan los muchachos, la chiquita de María por eso está como está, nunca sale, siempre encerradita, no come nada porque no le haga daño. . . Estos no, comen cuanto encuentran, corren, se mueven. . . son

guerristas, pero con tal que estén sanos. . . . ¡Luz!
¡Luz! ¿Dónde están esos niños, Josefa?

—Echándole maíz a las gallinas. . . .

—Ahora les ha dado por ahí; han comprado pollitos por mayor.

En efecto, los incansables Ledesmita se entretenían en arrojar puñados de semillas a un plumífero ejército, sin fijarse, como los novelistas quisieran, en la abnegación de la gallina madre que cobija bajo su ala a los tiernos polluelos que, dando saltitos de placer, alargaban sus piquitos. . . . etc., etc. No, señor, reíanse grandemente de las disputas, cañales y mucho en gracia un pleito por un grano, y aquel tristísimo papel que hacía un gallo fanfarrón que ahuyentaba las hembras a picotazos, encrespábase el valiente del gallinero, congestionábasele la cresta, miraba con ojo ardiente, y lanzaba, empinándose sobre las patas, una nota allá a todo cuello. . . . Pero eso sí, aparecía una pinta, ella. . . . y ojos que, te vieron ir. . . . Bajábansele los humos y no paraba mi general hasta la más alta de las estacas.

Anunciábase en Luz una futura belleza irresistible, su tez tomaba ese matiz poético de todos los capullos, delicadas se iniciaban las formas, y aparecía en sus ojos ese cálido reflejo. . . . ese crepúsculo que es más tarde la pasión en la mirada. . . .

—¡Cómo se ha estirado esta niña! Y aparecía desairada con su enaguilla corta.

Aquella muchacha loca y bulliciosa llenaba la casa de no sé qué alegría. Cuando estaba ausente, el corredor parecía triste. . . . mudos los pájaros. . . . anémicas las plantas. . . . pero llegaba hasta la sala la tumultuosa algarabía del gallinero y los gritos, los diálogos, los pleitos. . . . Si aparecían en escena los primos el bullicio era infernal, y sin embargo, la señora decía:

—Me gusta verlos así, contentos, nada les preocu-

pa y los tiene uno cerca, vigilados. . . . porque no, no crea usted. . . . son de buen carácter. . . .

II

Habían pasado cinco años. . . . no olvido el cuadro. El banquete iba a concluir, desprendíanse las flores de los ramilletes para flotar como cadáveres en una copa de vino, fundíanse con el calor las lágrimas de caramelo de las piezas montadas. . . . Un cordero de pasta de almendras había perdido la cabeza en la refriega. . . . Quedaba apenas un dedo de vino en las copas y ya se escuchaba aquí y allá el chasquido de las cáscaras de las almendras y las avellanas. Luz cumplía quince años y brindaba un señor meliflúo. . . .

—“Deja tras sí la infancia. . . . entra a otra vida. . . . (arrugando la servilleta) por decirlo así, al Abril de la vida, porque la pubertad es el Abril de la vida. . . . De hoy en adelante, el cielo (mirando el gando de la lámpara) tendrá luz para ella, más luz, algo más que perfume y color las flores: y algo, algo le dirán el pájaro y la mariposa con su vuelo, y el arroyo con su murmurar poético”

“Yo (alzando la copa) yo brindo porque así sea, porque encuentre en esa vida sólo flores y no espinas. . . . Antes pertenecía a la escuela. . . . hoy pertenece al amor. Que encuentre un marido digno de su virtud!”

Tras una caravana, se hizo la ilusión de beber algo, porque había volcado la copa, y se sentó, saludado por una salva de aplausos, choque de copas, tenedores y platos. . . .

Luz, vestida de azul, estaba muy ruborizada y allá en la esquina de la mesa, la madre lloraba, quizá pensando que el orador tenía razón. ¡Los quince abriles. . . . la niña juguetona, la niña alegre, la niña

locuaz, nace para la vida. . . . muere cuántas veces para la madre!

—Sí—decía el orador enjugándose el sudor y dirigiéndose a un comensal medio dormido, . . . —es la verdad, señor, a esta edad comienza la lucha, la lucha del cariño de una mujer, la madre. . . . contra todos los hombres. . . . es decir, contra todos los peligros. Yo. . . (acariciándose la calva) diera algo, algo por ser niño (muy enternecido) ¡qué bella edad! ¡por nada se preocupan uno! . . . pero. . . . ¿no toma usted jaletina?



REMORDIMIENTOS

Había esperado con ansiedad la representación de aquella pieza, sabía que el estreno iba a ser magnífico, persiguiéronme los compases de aquella bellísima romanza, tan tierna que, según la opinión de los inteligentes, era el fuerte de la *Crispi*. . . . Iban Lucía y Juana, me lo habían asegurado, pero ya en la calle me entró un fastidio tal, que desistí. . . . ¡Tan lejos que quedaba el teatro! ¡Y luego, la noche tan incapaz! ¡A qué iba? A enlodarme. . . .

Algo, algo que yo atribuía a nerviosidad bullía en mi interior. Trozos de escena, fragmentos de conversación, un perfume que no sabía de dónde venía. . . . ¿de mis manos? No, de un azahar que colgaba marchito del ojal de mi jaquet. . . . Estaba acalorado. . . . y sin abrir el paraguas, presa de una inquietud jamás sentida, con una necesidad de entregarme a la locomoción, me aventuré por calles casi oscuras,